

## OPINIONES DEL SIGLO PASADO

**H**ACE poco, mi hijo me preguntó por qué me gustaban los relojes de agujas y no los digitales. "Porque soy un hombre del siglo pasado", le respondí. Es un poco mentira, porque sigo vivo y, por tanto, también lo soy de éste. Pero fue la respuesta más gráfica y contundente que se me ocurrió en ese momento.

Empecé a escalar en un país y en una época en la que no existía internet, ni teléfonos móviles, ni muchas cosas que hoy parecen imprescindibles. Una época en la que la información sólo se conseguía a través de pocos libros, pocas revistas o de la letra o la voz de los pocos que habían hecho o se habían acercado a lo que lo jóvenes de entonces queríamos hacer. Teníamos pocos modelos. Pero todos eran buenos. Esos y otros privilegios tuvimos quienes comenzamos nuestra andadura en el siglo pasado.

Finalizaban los sesenta y, en la España de entonces, no se podían formar grupos. Así que, los de rescate existían de chiripa, desde poco después del impactante accidente del Mont Blanc de 1953. Alberto Besga, superviviente de aquella tragedia y director de los primeros grupos de voluntarios, me dijo en una ocasión que sus intervenciones eran escasas y, casi siempre, "fatídicas".

No sorprende el comentario: el colectivo montañero era mucho más reducido que hoy y, a pesar del profundo catolicismo impuesto de la época, nadie confiaba en los ángeles, de modo que no quedaba más remedio que salir por medios propios del lío en que uno mismo se había metido. Era algo así como un ejercicio de responsabilidad obligado.

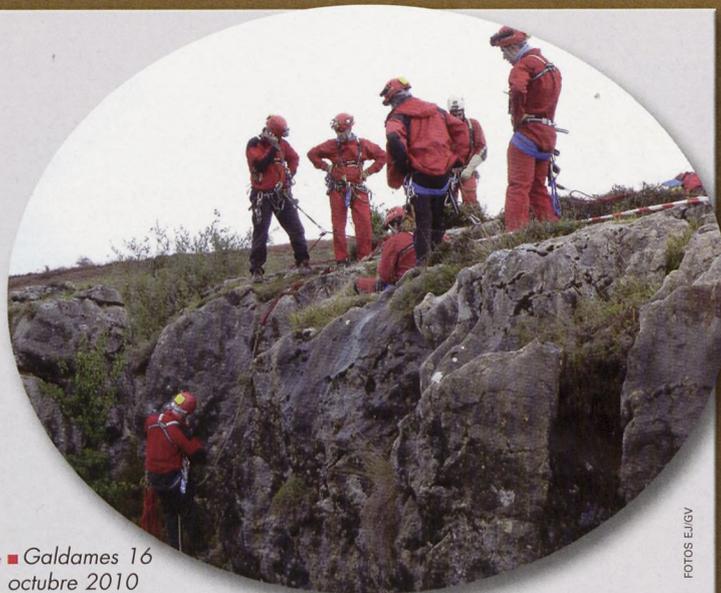
Los tiempos han cambiado. Y nos han cambiado. Por muchos factores, el número de montañeros, excursionistas o paseantes se ha disparado... en un momento en que ciertos valores como el esfuerzo, la responsabilidad o nuestra disposición para afrontar la adversidad poco menos que se han desmoronado.

Ésa es la impresión que uno extrae a la vista de buena parte de las intervenciones que la Ertzaintza y otros grupos de rescate actuales han realizado en nuestro entorno, algunas, por cierto, de auténtico escándalo por parte de los rescatados. Y es que en ocasiones, parece extendida la actitud de que alguien (de algún estamento de la administración, cómo no) debe solucionar siempre todos nuestros problemas. Aunque nos los hayamos creado nosotros solos.

Así que lo primero que, a mi juicio, debemos lograr es educar. En la racionalidad, en la contención, en el sentido común, para que nadie dilapide presupuesto y medios que son de todos. Somos afortunados. Tanto, que tenemos la posibilidad de recibir ayuda muy sofisticada. Aquí tenemos la posibilidad de recibir esa ayuda. Aunque según en qué circunstancias, no tenemos derecho a pedirla.

Sin embargo, no comparto el criterio de cobrar las operaciones de rescate ni siquiera en el caso de que vengan provocadas por imprudencias. Sería algo así como abrir puertas -que ya se han abierto en algún país de la Comunidad Europea- a discriminar, en la atención sanitaria a colectivos "culpables", como por ejemplo, los fumadores. O un agravio comparativo con otros colectivos de imprudentes, como determinados conductores, a quienes nunca se ha planteado cobrar los costes de sus traslados a centros hospitalarios.

Además, la experiencia de que disponemos en otras comunidades autónomas donde este criterio ha tratado de llevarse a cabo es que casi nunca se define cuál es la línea que separa lo sensato de lo imprudente y, en la práctica los rescates siguen sin cobrarse.



■ Galdames 16  
octubre 2010

FOTOS ELI/GV

Vivimos en un país curioso: tenemos, en ocasiones, diferentes normativas en los mismos macizos montañosos, según caigan a uno u otro lado de la raya que separa a países o a comunidades autónomas. Soy de inclinaciones jacobinas, qué le vamos a hacer; siempre pienso que el afán por distinguirnos de quienes menos nos distinguimos (no en vano suelen ser los que más cerca tenemos) corresponde a un juego de ricos con pobres (nunca ocurre a la inversa).

En el asunto que nos ocupa, admiro a Aragón. Allí se producen el 40 % de los rescates de montaña del total de los macizos españoles y, aunque consideran que "la temeridad, la ignorancia o el exceso de confianza causan el 50 % de los accidentes", no se plantean cobrar las imprudencias. Porque, en palabras de Javier Artajo, director general de Interior, "definir qué es imprudencia y qué no lo es convertiría cada caso en un asunto judicial bizantino." De esta manera, como ya se ha comentado en diferentes foros, podríamos ver paradojas tales como cobrar el rescate a un aragonés imprudente accidentado en Euskadi y no el de un vasco imprudente accidentado en Aragón.

Tampoco creo que debamos recomendar la licencia federativa a modo de escudo contra posibles facturas derivadas de un rescate. Subiría el número de licencias, sin duda, pero es fácil imaginar qué le ocurriría a su precio, a muy corto plazo, si sube también el número de operaciones de rescate.

Soy incompetente (¡menos mal!) en cuanto a decisiones de solución de este problema. Pero por extraer alguna conclusión práctica, se me ocurren tres instrumentos de ayuda: educación, claridad y análisis de experiencias ajenas. En cuanto a aprender de experiencias ajenas, se me ocurre el ejemplo de Tráfico. Por número de casos de accidentes, por análisis de los mismos y también por claridad en las normas: en carretera se evacúa a cualquier herido, aunque haya sido un imprudente. Y no se le cobra por ello. Pero existen sanciones claras en función de las infracciones: desde el exceso de velocidad, alcoholemia... hasta el "kamikaze" que circula en sentido contrario. En ningún caso se cobra el traslado al hospital. Pero sí se impone sanción proporcional a la infracción. Claridad.

También en Aragón mencionan la posibilidad de sancionar conductas imprudentes. Pero hay que definir las con nitidez. Y un poco de piedad. El mundo sufre, demasiado a menudo, las consecuencias de muchas decisiones tomadas por unos pocos que, además de poderosos, también son avariciosos, irresponsables y desalmados. Yo siempre he sentido un profundo respeto por quienes, por la imprudencia, error o azar sufren en su piel -en la suya y en la de nadie más- las consecuencias fatales o graves de sus errores. Porque nadie está salvo y porque la piedad no debe ser exclusiva de los buenos católicos.

**Juanjo San Sebastián**  
Alpinista